

ALBA DE TINIEBLAS

Eduardo Vaquerizo

Alba de tinieblas

cyberdark.net

Ilustración de cubierta: Eduardo Vaquerizo
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Primera edición: enero de 2018

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su almacenaje o transmisión por cualquier medio sin permiso previo del editor.

© 2018 Eduardo Vaquerizo

© 2018 Cyberdark
Luis G. Prado, editor
Alcalá, 387
28027 - Madrid
editor@bibliopolis.org

Artifex Plus: el blog del editor
artifexplus.blogspot.com

IBIC: FL
ISBN: 978-84-15157-23-6

Impreso en España
Printed in Spain

Al pasado,
que es como el presente,
pero con nostalgia

1

Asalto al corretón

Herodoto y el conde de Pasamar
Principios de abril de 1573
En algún lugar entre Albacete y La Mancha

—¡Herodoto! Encoge la sesera, que entrambos pinos nos verán desde el pueblo.

—Hablas ya como un noble, Oveco, y aún no hemos capturado ningún maravedí fugitivo de fortuna.

A pesar de la protesta, Herodoto obedeció. Oveco les miraba a él y a Gimeno con ojos que parecían centellas. El sol estaba pronto a salir tras las montañas. Los tres tiritaban vestidos con los restos de lo que habían sido ropajes humildes y ahora no pasaban ni como miserables harapos. Por si el frío fuera poco sufrimiento, el estómago se les encogía lanzando calambres, deseando que sus dueños metieran dentro algo más que agua y aire.

—¡No hagáis más escándalo, tragavirotos, que nos van a oír hasta en Toledo!

Gimeno, al que le era difícil no hacer ruido al moverse dado su tamaño, intentó encogerse aún más, cosa imposible. La piedra tras la que se ocultaban era más pequeña que él. Herodoto apretó los dientes. Eran los tres pordioseros de igual condición, la que da el no tener nada, y, aun así, Oveco no perdía ocasión de insultarlos como si ellos fueran sus secuaces y le debieran obediencia.

Abajo, alguien rió a voz en cuello. Volvieron todos su atención a la posada. En el patio se podía ver un carro de empuje siendo preparado para viajar. Tenía lanza de a seis. Sus mozos de corretón, que parecían jóvenes y bien dispuestos, bromeaban y respiraban con fuerza en el helado aire de la mañana. Sus alientos, tocados por el sol naciente, parecían hechos de fuego capaz de combatir contra los hielos de la madrugada en la sierra.

Al poco llegó una figura principal ataviada con ropas de viaje. Revisó el carro y luego hizo que cargaran sobre él una caja forrada de hierro. Por lo que les estaba costando moverla, lo que guardaba debía ser muy pesado.

Herodoto, en vez de seguir mirando al patio, volvió la vista a sus compañeros. Los ojos de Oveco brillaban con codicia. Sin embargo, los de Gimeno, enorme como un gigante y bobalicón de libro, apenas advertían nada relevante en la escena. Oveco se desesperaba, se mecía adelante y atrás agarrado a una rama. Herodoto sabía que el hambre se sufría de diversa manera según la calidad de cada uno. No habían comido nada en tres días, no tenían con qué en aquellos despoblados. Se habían contentado con beber agua de los regatos serranos y masticar algunas raíces amargas. Oveco les había contado que desde antes de que hubiera comenzado aquella guerra absurda él ya pasaba hambre, que la tenía metida en sus huesos menudos, que aquel país había sido, era y sería tierra de hambre. La habían pasado sus padres, moriscos. La habían pasado sus familiares, abrumados por los tributos y los diezmos, y la había pasado él hasta que había decidido que prefería oír los quejidos de Alá antes que los gritos de su estómago vacío y se había dado al latrocinio. Gimeno, sin embargo, callaba y se empeñaba en chupar un palo y morderlo como si la corteza le sirviera para algo que no fuera afilar los dientes.

Se habían encontrado los tres desvalijando a unos cadáveres que llevaban al menos un mes muertos, grises e insepultos en una quebrada de la sierra. Aquellos hombres se habían acuchillado unos a otros empeñados en la guerra de sucesión que tras la muerte de Felipe II assolaba el país. Viendo sus tristes restos, era imposible saber a qué bando habían jurado lealtad. ¡Ya era difícil con los vivos, como para poder distinguir a los muertos de uno y de otro partido!

No había en ellos nada de valor, nada comestible, lo supieron tras un rato de rebuscar entre los miembros podridos y ennegrecidos por el frío, medio comidos por las alimañas. Habían encontrado tan sólo corazas arruinadas, jubones, medias y justillos destrozados, las galas últimas de aquellos desgraciados, rotas por el frío y los dientes de los zorros. De ese modo, en ausencia de botín o sustento, en medio de lo negro y frío de la noche, compartieron los tres un estado de desesperación rayana en la locura.

Aquella noche la pasaron juntos y supieron, sin decirlo, que compartirían desdicha y hambre porque no tenían otra opción mejor. Al menos entre tres podían defenderse de las bestias del campo o de otros desharrapados como ellos que quisieran atacarlos por ver si tenían, contra toda lógica, comida o una blanca oculta entre la ropa.

Herodoto no esperaba que la amistad sobreviviese si la fortuna les

era favorable. Él no había robado nunca más que algo de comida, y Gimeno no haría daño a una mosca si antes no se lo ordenaban, pero Oveco era de otra pasta. Parecía habituado a moverse en la sierra y pensaba como lo haría un salteador. Quizá había tenido cuadrilla y ésta lo había repudiado o habían sido capturados o muertos. Ésas eran las suertes que sufrían los ladrones. A pesar de la poca prevención de Oveco, Herodoto temía que asaltar ese carro pudiera tener consecuencias tan nefastas para su salud que bien pudiera encontrarse rico aunque atragantado de acero, como a menudo les sucede a los ladrones.

—Vamos.

Era siempre mal negocio vender la piel del oso antes de cazarlo, pensó Herodoto mientras seguían descendiendo por entre la broza y las peñas. Bajaron los tres por la ladera llena de espinos, Oveco el último. Herodoto sabía que no le gustaba darle la espalda a nadie y no iba a hacer excepciones con ellos.

Ya casi estaban en las casas. Hacían mucho ruido al pisar la capa de escarcha que cubría las ramas y la hierba del suelo. Oveco les hizo seña de andar con mesura. Vieron los humos del fuego que ardía dentro de la posada y apresuraron el paso ansiosos por ver si su negocio se cerraba pronto y podían así matar el hambre que les roía las tripas.

Oveco, delgado y fibroso, tenía una vieja espada aferrada por el mango. Herodoto era un hombre recio que había conocido otra encarnadura más saludable, aun así no sabía si, llegado el caso, lograría defenderse de Oveco, que era todo energía y rabia. Lo miraba de hito en hito como cordero que mira al lobo o al halcón. Gimeno, pobre necio, siendo más fuerte que los otros dos juntos, nunca habría pensado en traicionarlos.

Buscaron resguardo tras una nueva roca, más cerca de la posada.

—Gimeno, respira por la nariz, que pareces un caldero al fuego y nos verán tan sólo por la niebla que despides.

—Sí, Oveco.

Se asomaron con mucho cuidado. Los preparativos estaban terminando, el carro parecía cargado, las ballestas flexadas por el excesivo peso de la caja. Los corretones tomaron los travesaños de las tres lanzas y empujaron por la cuesta arriba que salía del patio de la posada. Eran seis y apenas podían mover un carro tan pequeño. A su lado, andando, iba el noble. Encontraron enseguida un repecho cubierto de piedras donde las ruedas se atascaron. Forcejearon los mozos y el noble se arremangó y se aplicó a empujar también. Cuando el carro de empuje comenzó a rodar por el camino empedrado, el caballero subiose a un asiento en la cruceta, donde tomó un arcabuz de aspecto muy feo y se lo cruzó sobre las piernas.

Oveco se volvió.

—Si llevan paja o telas, son las pajas y las telas más pesadas que hay en el imperio, pardiez.

Herodoto entrecerró los ojos y no dijo nada. Oveco insistió:

—Sólo el oro pesa tanto.

—Y el plomo y también el fierro elaborado en armaduras, alabardas, espadas o virotes; o el fierro en barras para las herrerías.

Hubo un silencio espeso, sólo roto por los ocasionales sonidos de sus pies aplastando las ramas y hojas secas que cubrían el suelo.

Oveco dijo:

—Si vamos por la quebrada los adelantaremos. Allí podremos despeñarlos a poco que dejemos bajar un poco de tierra del desmonte.

Herodoto tardó en contestar y, cuando lo hizo, habló sin entusiasmo.

—No es mal plan, pero tardaremos en llegar a la quebrada. Esos mozos están bien comidos y tiran con fuerza de las varas. Si sobreviven al despeñe, nos van a deslomar.

El carro volaba camino adelante empujado por los mozos, todo entusiasmo y juventud.

—Estas laderas son de tierra echadiza. Será fácil enterrarlos en una avalancha.

Si el conde de Pasamar, don Justino, hubiera sido hombre de seso bien dispuesto, quizá no habría dormido a pierna suelta aquella noche en que la carga cedida por la junta de artesanos de Calatrava para la causa de don Juan había descansado en el zaguán. Sin embargo, había dormido como un bendito creyendo que eran doscientas arrobas de fierro lo que cargaba en la caja de madera reforzada. No pasó igual con el resto de los habitantes de la posada. Todos sabían que esa caja tan pesada y protegida no podía encerrar otra cosa que oro. Ni el posadero, ni su mujer, ni cualquier otro hombre que la hubiera visto, habría pensado otra cosa de una carga así, menos aún sabiendo que la transportaba un señor tan principal como el conde, atendido por seis mozos de corretón bien armados. Durmieron todos intranquilos en la posada aquella noche, unos por ver si no estaban en peligro de morir en manos de ladrones, otros pensando en si aquella sería su oportunidad de enriquecerse y la estaban dejando pasar.

A la mañana, don Justino echó mano de las lanzas para ayudar al carro a superar la cuesta con la que se iniciaba el camino, cosa que horrorizó tanto a los mozos como a los posaderos, que vinieron a pensar que aquel noble no era más que un disfraz para un militar, temor que vieron confirmado cuando se cruzó un arcabuz sobre las piernas, subido a la silla sobre la cruceta.

Si hubieran sabido lo que ocupaba su imaginación mientras el ca-

rro traqueteaba alejándose del pueblo, se habrían espantado aún más. Iba el buen hombre contando las oscilaciones del corretón, ocupado en diseñar una suspensión de calidad superior a la habitual de balles-tas, que era tosca e ineficaz.

Durante un cuarto de legua o así, el camino que salía del pueblo donde habían pernoctado tenía las rodadas de piedra bastante deterioradas. La silla se bamboleó de mala manera, a punto de tirarlo al suelo en un par de ocasiones. Los mozos no cejaban, eran jóvenes, fuertes y tenían órdenes de no detenerse por nada.

Luego el camino mejoró un poco, aunque seguía ascendiendo. Aquella parte del camino real era un tramo de grava, apelmazada y mantenida en buen estado por algún señor local. Avanzaron a muy buen ritmo hasta que el camino tomó un giro y volvióse otra vez casi impracticable. A cada poco las ruedas se atascaban en enormes baches o chocaban con piedras contra las que saltaban chispas. Sin cejar, sin protesta, empujaron todos, incluyendo don Justino, arrastrándose entre pinos muy viejos y densos, tanto que casi tapaban el azul del cielo.

Así como sin quererlo, el relente de la madrugada cedió paso al brillo del sol, que relucía entre las hojas de los pinos. La mañana se hizo grande y hermosa, aunque no tuvieran tiempo ni ganas para disfrutarla.

La suspensión la tenía don Justino resuelta antes de llegar a la cima, un sistema de muelle y contramuelle telescópico que costaría un infierno construir. Cuando el sol estuvo ya alto en el cielo, pidieron los mozos darse un respiro, beber de las botas de vino y reposar un rato.

Les dijo que sí y él mismo bebió vino fresco y comió algo de pan y queso. Don Justino frisaba ya los cincuenta, no era un hombre joven, pero siempre había tenido las espaldas anchas y buena salud. A diferencia de otros nobles, le encantaba el ejercicio físico. Tiraría junto con los mozos, no podía estar quieto y sin colaborar en la resolución de un problema. Ése era su gran defecto, el que sabía que alguna vez iba a causar su ruina.

Sabiéndolo, poco después de que su padre muriese dejándole la heredad y el título, le aconsejó su madre diciéndole: «No comprometas honra ni orgullo con unos ni con otros, espera a ver quién vence y luego sé fiel a la victoria». De nada había servido. Dos meses atrás, Alejandro Farnesio y varios de los hombres de más confianza de don Juan habían pernoctado bajo su techo en espera de tomar un bajel en la costa. Tras la cena había bastado una larga conversación y mucho vino para alistarlo a la causa del bastardo.

Hasta ese momento su vida había sido tranquila. Era hombre sencillo y sin muchas necesidades ni ambiciones. Su única pasión había sido la construcción de máquinas con que asombrar y espantar a los

nobles vecinos, a los criados y a su pobre madre. Pronto, para su disgusto, su nuevo partido le había exigido lealtad y compromiso. Había recibido en su heredad un bien dispuesto carro de empuje, sus mozos de corretón y el encargo de ir a Calzada de Calatrava a recibir una carga que debería llevar hasta el campamento de don Juan. No cabía decir que no, poner excusas o negarse, había empeñado su palabra.

Fue al reanudar los esfuerzos por subir la sierra, tras un recodo propicio del camino, cuando troncos y piedras cayeron sobre ellos. Los mozos saltaron del camino intentando evitar lo peor de la avalancha. El conde, ágil como un gato, esquivó dos rocas del tamaño de tinajas y aprestó el trabuco. No vio, sin embargo, el palo que le midió las costillas. Un rufián malencarado, de dientes desparejos y rotos, salió de la espesura intentado rematarlo de un estacazo en la cabeza. El conde, por pura suerte, aún conservaba el trabuco. El estallido del disparo fue aún más atronador que el desprendimiento de tierras y se llevó por delante casi toda la cabeza del canalla.

Se levantó sacudiéndose el polvo. Los mozos o habían caído barranco abajo arrastrados por la tierra y las piedras, o habían quedado atrás del montón de escombros que bloqueaba el camino. Estaba solo frente a otros dos rufianes, los cuales miraban con horror lo que quedaba del tercero. Uno de ellos, el más recio y viejo, dio cuenta del carro despanzurrado, de las cajas reventadas y el oro y la plata que contenían expuesto, brillando con lujuria al toque del sol. El otro le siguió la mirada y abrió mucho los ojos. Justino tiró a un lado el arcabuz y buscó en su cinturón una daga que ya no estaba. Al gesto, los dos ladrones se fueron a él, amenazándolo con sendos hierros infames, oxidados y torcidos, que una vez fueron espadas y ahora sólo despojos.

El viejo puso empeño en ensartarle y por poco lo consigue. El otro, más joven, barbudo y con señas de tener algo más de crianza que el anterior, se quedó atrás, el gesto indescifrable. El viejo juró y blasfemó y se tiró a fondo, buscándole el hígado. Y le hubiera despachado de no ser porque el otro rufián le atravesó por la espalda sacándole la vida en un esputo de sangre y una mirada de odio que hasta al cielo debió parecerle terrible.

Dejó caer el cadáver al suelo y tiró el hierro oxidado sobre él, como con asco. Luego tornó a mirar al conde, agachó la cabeza y puso rodilla en tierra.

—Señor, mi nombre es Herodoto. Terribles circunstancias me han arrojado a vivir como las alimañas, pero no podía consentir que este malnacido escabechase a vuestra señoría. Tomad vuestro cuchillo, cortadme el cuello con él, lo merezco por mi vida de delito, abandonado por estas soledades lejanas a toda civilización, a toda calidez huma-

na, arrojado del tumulto de esta España que arde enfrentando hermanos con hermanos, hijos con padres, maestros con discípulos.

Estaba Justino calibrando sus palabras, cuando tres mozos lograron regresar al camino, sangrando y cubiertos de polvo. Agarraron al tal Herodoto y la emprendieron a golpes con él. Ya buscaba uno de ellos una piedra para partirle la cabeza cuando Justino los mandó detener con un grito.

—¡Alto! Este hombre ha salvado mi vida, debemos al menos conservarle la suya hasta la llegada de las autoridades.

—¿Qué autoridades, mi señor? Por estas soledades no se aventura nadie.

—Hallaremos cuadrilleros de la Santa Hermandad.

—Sabed que de éstos, el ciento son papistas, poco dados a la causa de don Juan, y aunque fueran juanistas, por lo poco que se les paga colgarían a este perro por no arrastrarlo hasta cárcel alguna, mas como vos deseáis, señor, así se hará.

Resultó que de los mozos, salvo uno que tenía un brazo roto, todos habían salvado la vida y la salud. Ataron al reo Herodoto, no sin ahorrarle algunas patadas en las costillas. El carro de empuje no estaba muy deteriorado, tan sólo habían sufrido los soportes de las cajas, por ser éstas tan pesadas.

Los mozos no dieron signos de maravilla al ver los caudales, de tal suerte que el conde supuso que ya lo sabían y que su misión era tanto vigilarlos como vigilarle a él mismo. Poco sabían que el conde era de los pocos hombres de aquella España empobrecida a los cuales el brillo del oro no les cegaba el juicio, que prefería el relucir del mar, el efímero y fermoso destello de las chispas de la hoguera y, sobre todo, el caliente resplandor del hierro siendo forjado en la fragua.

Remendaron las vigas del carro y obligaron a Herodoto a empujar cuesta arriba. Penando entre todos, pasaron la pequeña sierra y descendieron a los caminos del otro lado, que circulaban suaves y polvorientos pero casi sin baches. Justino volvió al pescante y Herodoto, encadenado a la trasera de la silla, empujaba y recibía algún mojicón de vez en cuando y nada de agua o comida.

Más de una vez y de dos tropezó y fue arrastrado unos metros hasta que lo levantaron. A la tercera, cerca de una vega de fresnos, hizo Justino parada y sacaron comida. Él mismo le dio un cantero de pan, un trozo de queso y compartió bota de vino con el cautivo. Herodoto comió todo en un instante, como si fuera aquella la primera comida en semanas.

—¿Quién eres? Tienes mejor traza que los otros ladrones.

—No soy ladrón, sólo por necesidad me juntaba con ellos, por sobrevivir en las soledades de la sierra. Fui un tiempo secretario de un

mercader judío que iba y venía de aquí a Florencia, moviendo lanas y letras de cambio, pero lo mató en Argamasilla, hace ya medio año, una comitiva de partidarios de don Carlos, al que tuvo la mala idea de denegar un crédito. Lo ataron a un árbol e hicieron que se le comieran los ojos un cuervo y la entrepierna un perro. Luego lo dejaron morir. A mí me disculparon tirándome al río con una piedra atada al cuello, ya que, me dijeron, sus perros sólo comían judíos y moriscos y no querían carnes de cristiano. La cuerda me dejó recuerdo de por vida, pero tuve suerte, la pude romper con una piedra afilada del fondo del río y no me ahogué, aunque hubiera sido mejor morir que vivir en la indigencia, comiendo polvo y bebiendo los orines de las bestias para no morir.

—Por Dios, hombre, que en las sierras hay caza y fuentes entre peñas, no soy tan lelo como para creerlo todo.

—Mirad si tenéis a bien la marca que la sogá me hizo en el cuello. Creedme, señor, que soy muy desgraciado y que cuando vi vuestra superior planta y vuestra misión principal me dije que no podía dejar que el que llamaban Oveco os despachase y quise ponerme de vuestra parte. La nobleza siempre obliga y encuentra cobijo, eso me enseñó mi padre.

—¿Hombre de letras eres?

—Sé las cuatro reglas y las letras, que me las enseñaron de mocito.

—Es la rueda, gira. *Carpe diem*. Por cierto, ¿qué sabes de artesanía, de ingenios y máquinas?

—Nada, señor, pero aprendo rápido si es menester.

Justino se lo quedó mirando y, de tan intensa que era su concentración, no escuchó el aviso de uno de los mozos. Cuando levantó la vista había delante de él cinco hombres que le miraban torciendo el gesto. Lucían calzas y mangas verdes y grandes cruces bordadas en las capas y sombreros. Estaban armados de venablos, cuchillos y bastones.

—¿Es éste un ladrón?

—Lo era, pero ahora está bajo mi protección.

—¿Y vos sois...?

Hizo una pausa, pero aquel hombre, siendo principal a juzgar por sus vestiduras y sus criados, no se dignó contestar. Desde que comenzó la guerra, Gómez Santiañez, que así se llamaba el cuadrillero, había visto a mucho señoritingo similar a aquél yacer destripado en los bordes de los caminos como para que le cupiera el miedo en la saya. Miró un momento a sus hombres. Siendo capitán de la cuadrilla los había armado de venablos, cuchillos y bastones, armas suficientes pero un poco escasas. La soldada, que llegaba tarde, mal y nunca, no alcanzaba para arcabuces o espadas.

Al fin, el noble, sin dejar de mirarlo como si fuera a quemarlo con la mirada, decidió contestar.

—El conde de Pasamar, de viaje por estas tierras que tan bien protegen vuestras mercedes.

Gómez sacó el dedo gordo del cinturón y liberó la mano, grande y sucia, que pareció aletear de alivio.

—Siendo ésta una guerra en la que cada hombre sirve a dos o tres bandos, no voy a preguntaros si vos juráis juanista o rezáis al papa. Me basta con que os avengáis a remendar los sueldos que no llegan aportando dineros para la seguridad de caminos y bosques, ya que bien vais a disfrutar, de aquí en adelante, que hayamos limpiado la vía de salteadores. Allá os entendáis con ese hombre que lleváis aherrojado, que a mí se me da una higa si le sacáis las tripas como si se las llenáis de morcilla.

El conde sacó de una bolsa dos maravedíes de plata y los arrojó al suelo, al pie del cuadrillero. Gómez se llevó la mano al fierro, simuló irse a agachar mientras miraba de soslayo a Miguel, que entendió el gesto, se apartó la capa y desnudó el cuchillo. Igual hicieron los otros. Al fin, el capitán extrajo de la vieja vaina una espada ropera que parecía de buen acero.

—Pagáis con plata y no con oro. ¡Herejes sois y como herejes sólo vais a merecer el infierno!

El conde dio un salto hacia atrás mientras gritaba:

—¡Rediós, triste tierra en la que ahora la Santa Hermandad nos roba y los ladrones nos asisten!

Gómez hizo chirriar los dientes y avanzó, protegidos los flancos por sus hombres. Les salieron al paso los mozos armados de vizcaínas y alguna espada. Olvidado de todos, quedó a su merced el reo, en el suelo.

—No huyáis, señor conde, que siendo nosotros Santa Hermandad y vos noble, mi espada os mandará al cielo y no al infierno.

Gómez se detuvo en seco cuando el conde le apuntó con un arcabuz de boca ancha y desagradable aspecto que había sacado de debajo de unas lonas. Un arma de fuego eran palabras mayores. Retrocedió buscando por dónde lograr que el conde gastara el tiro.

—Sois alimañas que muerden las manos que las alimentan. Consagrados al servicio de los cristianos, les robáis y envilecéis.

—Si vos tuvierais que alimentar a una familia con tan sólo promesas de sueldo, lo mismo haríais que nosotros.

—Con esa excusa el imperio se irá al garete.

Gómez estaba atento a la vista del conde. Se arriesgó a comer plomo menos por la familia, que no tenía, que por las mujeres llanas que iban a echar de menos sus monedas si volvía de vacío al pueblo. Movi

capa y sombrero hacia un lado mientras hurtaba el cuerpo en otra dirección. El arcabuz disparó y llenó de agujeros la tela. Como si el disparo hubiera sido una señal, los mozos se enzarzaron en pelea cerrada con los cuadrilleros mientras su capitán corrió en busca del conde hasta que tropezó con la pierna que Herodoto tendió sobre su camino. Dio con los huesos en el polvo, salió todo el aire de sus pulmones y se rompió dos dientes contra una piedra. El capitán, sabiendo su vida en peligro, se revolvió en el suelo y luchó por erguirse enseguida, pero alguien le golpeó con una piedra en la sien y lo dejó sin sentido.

Cuando despertó, horas después, estaba casi desnudo, vacía la bolsa y el tahalí, dejado por muerto junto a sus cuadrilleros, éstos sí muertos del todo. Se levantó enjuagándose con saliva el sabor a sangre, tierra y polvo, estudiando hacia dónde llevaban las rodadas del camino, mirando al cielo para calcular la hora y la ventaja que le llevaba el grupo. Luego se vistió con los restos de ropas de los cadáveres y comenzó a caminar, cojeando, hacia el pueblo más cercano, una mísera aldehuela a la vera de un río, donde conocía a una viuda que le atendería sin protestar mucho y sin cobrarle nada.

No ocupó mucho tiempo en lamentarse y quejarse. Tan sólo anotó en la memoria las caras que recordaba. Había allí muchos otros asientos, la contabilidad de los agravios que la Providencia le había enviado. Misión pura y cristiana era la suya si luchaba por equilibrar agravio por agravio, sangre por sangre, diente por diente e incluso pagar con ganancia, que él era cristiano viejo y santificado por su misión de cuadrillero. No obstante, aunque la ocasión de la venganza siempre terminaba por llegar, podía ser largo el plazo y era conveniente armarse de paciencia y esperar que el buen Dios de Roma le asistiese para que su vida alcanzase para tanto cristiano que enviar al infierno.

2

El arcón

Herodoto y el conde de Pasamar
Principios de abril de 1573
En algún lugar entre Albacete y La Mancha

Por entonces don Juan contaba con veinte y seis primaveras. Cada una le pesaba como una arroba de plomo aquella mañana que estaba siendo larga y sometida a cuestiones que no tenían aparente solución.

—Decís, Alejandro, que a los hombres de Íñigo los estaban esperando en Jumilla.

—Más de tres compañías de condotieros.

—¿Y de dónde han salido? No hemos tenido noticias de ningún desembarco hasta ahora.

—Habrán hecho pie en la costa de Levante, allá por Torrevieja, donde todo son playas, y avanzado hacia el interior sin ser notados.

Don Juan se levantó de la mesa donde conferenciaba y el violento movimiento casi tumbó el candelabro de bronce, la única luz de la estancia. Se movieron los pabilos de las velas y las luces amarillas e inciertas prendieron sombras densas de broza y tormenta en los entrecejos fruncidos y las barbas.

Lo acompañaban allí Alejandro Farnesio, sus capitanes y la princesa de Éboli, dama principal a la que nadie osaba cuestionar su presencia al lado de don Juan.

Al fin, reverberaron las llamas en las pupilas furiosas del de Austria, que no dejaban de mirar el fajo de mapas extendidos sobre la tabla de roble.

—Alejandro, esos condotieros vienen entrenados en el sajar y el matar, son gente de guerra. Los he conocido en Italia, algunos se hicieron a la mar conmigo en Lepanto. No tienen más lealtad que el dinero, pero no mudarán su postura por no menoscabar su renombre hasta que no quede el último de ellos o hasta que no se les pague mucho más de lo que se les haya prometido. Mal enemigo son.

Alejandro Farnesio, duque de Parma, aún no había mirado los mapas. Era el único que conservaba la espalda apoyada en el cuero de la silla. Don Juan volvió a mirarlo de nuevo y sí, allí estaba esa media sonrisa que nunca, en ninguna circunstancia, perdía. Sus enemigos decían que era la misma que tendría su cadáver cuando al fin las tropas papistas lo ahorcasen.

Hubo un revuelo en el patio. Eran más de las once y no brillaba la luna. Ni linternas ni fuego alguno alumbraban las almenas de la casa fuerte que ocupaban por no señalar su presencia en exceso, que ya de día había bosque de pendones y llamativas idas y venidas de hombres y mujeres, tanto de guerra como de paz, campesinos, nobles y hasta mujeres públicas y piaras de cerdos que se trasegaban camino de los mataderos que servían a la tropa.

Levantó la cabeza del mapa don Juan y apartó el cortinón que cubría la ventana.

—Pardiez que algo sucede. Ricardillo, ve y entérate de quién llega.

El mozo dejó el rincón desde el que esperaba órdenes y corrió sobre la tarima. Desde la ventana don Juan vio encenderse hachones y le llegó el sonido inconfundible de las ruedas de una silla de arrastre repiqueteando contra los adoquines. Hubo peticiones de agua y mozos de corretón que cayeron, casi muertos, sobre el suelo del patio.

No tardó mucho en escucharse escándalo de hombres subiendo. Tanto revuelo armaron que la de Éboli echó mano al fierro y se puso en pie. Se miraron todos con alarma menos Farnesio, que sonreía ahora abiertamente.

—Esta guerra os está quitando el temple, como un mal fuego a una buena espada. Retened vuestro brazo, doña Ana, que no es aún ocasión de pelear.

Un hombre, cubierto de polvo y con las vestiduras sucias y rasgadas, se presentó en el dintel de la puerta alumbrado por una linterna que sujetaba el mariscal de don Juan, Gómez de Arce, un anciano de pecho como de barril y ojos pequeños, del que todos decían que era judío de madre y padre pero que había renegado de su fe obligado por los monjes que lo criaron. Él no lo negaba y a esas alturas no le importaba ya a nadie.

—Su majestad, mi nombre es don Justino de Pasamar y Linares, conde de Pasamar. A vuestro servicio acudo trayendo la humilde aportación cedida por el consejo de Calzada de Calatrava para la muy justa causa a la que atendéis vos y los vuestros.

En ese momento pidieron paso unos cuantos mozos que transportaban a duras penas un arcón maltrecho y remendado. Lo dejaron en el suelo y Justino se aprestó a abrirlo. El oro comenzó de inmediato a absorber toda la luz y las miradas de la habitación. Don Juan acudió a

un aparador y abrió una botella de vino espeso como la sangre. Vacío la botella haciendo de copero de sus amigos e incluyendo al mariscal, que miraba atónito, y al conde de Pasamar.

—Vosotros veis el brillo del oro en ese arcón abierto, yo en él veo el canto del acero y la chispa de pedernal, escucho el hueso partido y la carne hendida. Miro cómo los condotieros darán mal servicio a don Carlos, ya que no habiendo lealtad a la sangre ni a la causa serán siempre fieles al oro. Compraremos así sus voluntades y será bajo el precio por un imperio.

Mientras, abajo, Herodoto, mortalmente cansado, mal vestido, casi tiritando por el relente de la madrugada, olvidado por todos, buscó la cocina de la casa y en ésta un hueco entre los pinches y marmitones que a duras penas le consintieron compartir un pedazo de saco raído como manta y un mendrugo de pan mojado en agua como cena. Ambos dos, unido a un trago de vino aguado que encontró olvidado en una jarra, le hicieron conciliar el más suave sueño que hombre alguno haya disfrutado alguna vez.

Amaneció en la cocina aun antes de que el sol lo hiciera. El cocinero se movió entre los muchos cuerpos tendidos en el suelo, dándoles golpes con un enorme cucharón. Gritaba a su lado una dueña vieja y fea. Otra dueña, esta joven pero también fea, arreó dos patadas a dos niños difíciles de despertar que se revolieron medio dormidos aún. Pararon de gritar y golpear los tres al llegar al corpachón tendido de Herodoto, al que le faltó tiempo para erguirse. El fuego aún estaba apagado y el frío de la mañana se había colado por el hueco de la chimenea. Olía a ceniza fría y a aceite rancio.

Lo miraron como juzgando si darle con el cucharón, patearle el trasero o llamar a la guardia para que lo atravesasen de parte a parte. Herodoto se irguió, vestido como estaba de harapos. Cubierto el rostro de arañazos y polvo, parecía un salteador de caminos o un santo en peregrinación. Lo miraron mucho, quizá intentando decidir entre una u otra naturaleza mientras se movía camino de la puerta. Sonrió la vieja de medio lado, brillaron sus ojillos burlones y habló escupiendo muchos perdigones.

—¿Acaso habéis errado el camino a vuestras sábanas de Holanda?

Herodoto, ya en la puerta, se mesó la barba que le hacía parecer más un señor esperando ser vestido que un mendigo y luego habló con mucha calma y sosiego.

—No soy señor, pero tened por seguro que tampoco soy villano. La Providencia ha tenido a bien darme sufrimiento en mi ruta, pero me sobra condición y fuerza en el brazo para atravesar con mi espada a cualquier destripaterrón, mirlitón de mierda o cocinero de pellejo que se me ponga por medio.

Dudaron todos, desde el cocinero, que miraba la escena esperando ver en qué quedaba la encuesta, hasta el gato de la cocina que parecía haber detenido su eterno jugar con un cadáver de ratón. Sacó partido el más pequeño de los mozos, rubio y mocososo, que hurtó un bollo de una alacena que la vieja había abierto momentos antes, pero fue descubierta y corrido a pescozones. Aprovechó Herodoto para salir al patio muy digno y altanero.

Encontró allí hombres de armas y mozos, y un abrevadero lleno de agua que corría de un caño. El agua estaba fría como agujas de hielo, pero le limpió la piel del rostro y le despertó del todo. Vio, en un rincón, la silla de empuje en muy mala condición y a los mozos de corretón, durmiendo a su vera, envueltos en frazadas y pegados unos a otros. Había soldados por todas partes, tantos que parecían salir de un hormiguero donde se pertrechaban de metal y malos modos. Se reunían alrededor de grandes hogueras que comenzaban a ser encendidas en el patio de la casa. Asaban sobre la brasa cecina y panceta los cristianos y cordero los moros. Había algunos judíos, pocos, vestidos como comerciantes, que se reunían y calentaban leche y gachas en sus propias hogueras, pequeñas y comedidas.

Nadie le importunó ni le pidió santo y seña. Pasó a su lado un esforzado grupo de soldados empujando una gran pieza de artillería que entre los doce que eran apenas acertaban a moverla. Un poco más allá terminaba el patio en montones de fardos, de paja, corrales de aves y algunos enormes bueyes atados por el morro a las paredes.

—Una guerra, Herodoto, ves los preparativos de una guerra.

Se volvió y se encontró con la sonriente cara del conde de Pasamar. Se había aseado y vestía ropas limpias. Vio su verdadera edad, que antes le había pasado inadvertida, y la estimó parecida a la suya.

—Señor conde, pasmado estoy de ver el grande artificio de la guerra y más pasmado de no poder cubrirme con una capa aunque fuera tan sucia y mísera como la de esos soldados.

Vio entonces que detrás del conde venía un mozo con unas ropas sobre los brazos. El mozo se dirigió a él y le ofreció el hatillo.

—Detrás de la hacienda hay un río de aguas frías pero limpias. Aunque muchos médicos no recomiendan los baños, que dicen que estropean la piel, yo le digo, Herodoto, que hagas al contrario y restriegues este jabón y luego te seques con el paño y te vistas con la ropa y las botas que te entrego, que serás después otro hombre mejor que el que eres ahora.

Herodoto recibió el paquete y ambos, mozo y señor, se fueron a sus quehaceres y le dejaron plantado en medio del patio. No siendo hombre de fácil asombrar, se hizo cruces de las suertes que la guerra le estaba entregando, hoy delincuente, mañana siervo de señor nota-

ble. Con prisa, no fuera a cambiar su fortuna, se marchó a buscar el riachuelo.

De camino le detuvo el aroma a panceta y el olor del pan recién cocido que emanaba de uno de los círculos de soldados. Le resultó fácil unirse, estaban los soldados de buen humor e incluso le convidaron a un buche de aguardiente fuerte como el corazón de un demonio. Cuando el sol comenzó a brillar alto en el cielo, fue a buscar el río y lo encontró libre y limpio, tal como el conde le había dicho.

El trozo de jabón apenas hacía espuma, pero con esfuerzo y la ayuda de unas yerbas consiguió ir ablandando la mugre que lo cubría. Se secó al sol, desnudo aún, la tripa llena y la piel y el pelo limpios por una vez en mucho tiempo, tanto que ya no restaba asidero para ninguna chinche o piojo, que habían quedado todos ahogados en el río.

Echaba de menos tan sólo una bota de vino, cuando escuchó una risa queda. Volvió la cabeza y vio un poco más abajo del río a la moza joven y fea de la cocina, que lo miraba de hito en hito y se reía mientras golpeaba contra una madera lo que parecían manteles sucios. Herodoto no hizo ademán de cubrirse. Se levantó y se acercó a ella desnudo como vino al mundo. Si él no mostraba vergüenza, la mujer tampoco se avino a escandalizarse y le recibió con una mano haciéndose sombra en los ojos, que tenía Herodoto el sol a su espalda.

—Buena mañana parece que el Señor traje a nuestra vera.

Herodoto tomó pose cómica, como si estuviera en el estrado de una casa de comedias y, mirándola a los ojos, declamó:

—Peinando sus cabellos de oro fino, una ninfa del agua do moraba la cabeza sacó, y el prado ameno vido de flores y de sombra lleno.

—Moviola el sitio umbroso, el manso viento, el suave olor de aquel florido suelo.

Herodoto mudó el gesto de sorna por el del asombro.

—Así que me maten. Que una lavandera conozca a Garcilaso es cosa notable.

—No siempre fui tal, señor. Que no confundan mis tareas a vuesa merced, la calidad no es algo que se pega a la piel desde la pobreza del oficio.

Herodoto se sentó en una piedra, aún al sol, aún desnudo, y continuó hablando:

—¿Qué suceso hay que explique que seáis docta en poesía? Ya siendo pobre, saber de letras es cosa rara, pero siendo pobre y mujer, la rareza aspira a maravilla.

—No soy cristiana, sino judía; no vivía en el campo, sino en ciudad; no soy de familia rigurosa, sino laxa y gustosa de las letras; y mi padre me quiso tanto o más que si hubiera sido varón y me educó con los mejores doctores y bachilleres.

Herodoto no dijo nada. La lavandera tornó a golpear la tabla y a sacar espuma del jabón.

—La Santa Inquisición tuvo que ver en vuestra estrella, supongo.

—La Inquisición, señor, acabó con la hacienda de mi familia de tal modo que mi padre en su lecho de muerte clamaba por haber partido como hicieron tantos otros en vez de quedarse y sufrir el duro juicio de la Iglesia.

—Entre los juanistas y entre los nuevos obispos no hay inquisidores.

—Los habrá. Mismo da, el mal hecho está. Fregona y lavandera me tengo para el resto de mi pobre vida.

—No será pobre, aunque paséis hambre, que yo mismo, siendo leído, he pasado mucha hambre y más que he de pasar, que la fortuna muda y cambia y hoy estás aquí, junto a una dama hermosa, y mañana acullá, herido de muerte en un campo yaciendo.

La mujer terminó de lavar las telas que llevaba en un cesto y se irguió desde el lecho del río. Desenredó luego un hatillo y extendió un pañuelo sobre un tronco al sol, e hizo seña al hombre desnudo para que fuera a sentarse a su lado. Herodoto recuperó sus ropas, se vistió y se sentó a su lado, donde compartieron viandas y bebieron vino de una bota bien provista que traía la lavandera en el cesto.

Cuando ambos volvieron a la casona lo hicieron por caminos separados, por que no pensasen que hubiera pasado entre ellos lo que sí que había pasado, y es que se dieron placer a gusto, y hubo gritos, llamadas a sagrado e incluso arañazos con la saña que da el éxtasis, en todo similar al de los santos, según pensaba Herodoto, sólo que más lúcido y más satisfactorio.

Tres días después, cuando aún seguían en las cercanías de don Juan, ahorcaron a diez criados y a tres caballeros, acusados todos ellos de traición. Entre los ajusticiados estaba aquella mujer que Herodoto había conocido en el río. Mirándola, en silencio, al amanecer, se le juntó un soldado que estaba encargado de vigilar que no descolgasen de los árboles a los muertos sino hasta que se les hubieran comido las alimañas los ojos y el corazón.

Habló Herodoto rompiendo el silencio.

—Aquella mujer no era espía. Y algunos de los otros no creo tampoco que lo fueran.

—¿Y cómo lo sabes?

—No lo sé, nadie sabe esas cosas. Se es espía y traidor si te toca serlo.

—Pues espero que a ti no te toque, porque acabarás igual que éstos.

—¿Eso nadie lo sabe, o acaso siempre los justos reciben premio y los injustos castigo?

El soldado terció el arcabuz sobre el hombro y siguió mirando a los cadáveres, que se mecían despacio al poco viento que soplaba y que, aun así, bastaba para remover los aires insanos en los que se descomponían.

—No soy filósofo, sólo soldado, y en lo que me compete el mundo es una montaña de mierda. Hay de sobra para todos, justos e injustos.